

toridades puramente criollas, la espulsion de los abogados y demás individuos conocidos por sus exaltaciones demagógicas y anti-religiosas. Bajo de estas bases podia contarse con su cooperacion, y avisase su conformidad. Los dos misioneros de Querétaro quedaban en el convento de misiones de Orizaba y el tercero que habia regresado, se quedaria tambien en el mismo convento.

El Padre Bringas, en vista de tan lisongeras noticias, convino que celebrásemos una reunion, para determinar definitivamente la pronta preparacion de la expedicion y su embarque.

Así se hizo, y el dia siguiente se reunieron ocho comerciantes españoles en el Jardin de mi alojamiento, y colocados en el hermoso cenador, abrió la sesion el Padre Bringas y espuso el pormenor de la comision que habia evacuado el misionero, con tanta actividad y celo. Llenó de alegría y gozo á toda la reunion. Todos eran de parecer que sin levantar mano se trabajase en preparar la expedicion.

La comision nombrada para allegar recursos pecuniarios contaba con cuarenta mil duros de donativos, voluntarios, en clase de reintegro.

El Padre Bringas fué de opinion que inmediatamente saliese uno de los comerciantes para Nueva York y se abocase con Peter Armony, á informarle en el secreto de la mision evacuada por el misionero que habia estado en Nueva España. Que en vista de su lisongero resultado, convenia que Peter Armony acelerase la reunion del armamento y alistase los buques y los víveres.

Que de los soldados Españoles residentes en Nueva Orleans, se apalabrasen veinte hombres de los que hubiesen servido en Caballería y treinta infantes que fuesen solteros, sin iniciarles en el secreto del punto á donde se destinaba.

La reunion aprobó las propuestas del Padre Bringas, y el comerciante Rivas fué elegido para marchar á Nueva York.

Varios individuos de la reunion manifestaron la necesidad que se le llamase á Remigio Sanabria, puesto que estaba convenido ser él, el que debia ponerse al frente de la expedicion de Tejas. Hice observar á la reunion, que me parecia algo precipitada la llamada de Sanabria: que debia esperarse su inmediata comunicacion para saberse con fijeza el estado de los negocios en aquella tierra y el modo como

podiera embarcar en aquel punto los mestizos, que no era tan fácil como se creia, y que acaso seria necesario embiarle recursos pecuniarios. El Padre Bringas me dió la razon.

En este intermedio llegó á Nueva Orleans un Buque francés, cargado de familias emigradas. Un comerciante español me entregó carta de Remigio Sanabria. Me decia en ella que el almirante Megicano Porter, tenia muy adelantada la organizacion y apresto de su marina de guerra megicana y pronta hacerse á la vela para la Bahía de San Bernardo, en observacion de los filibusteros de los Estados Unidos que intentaban hacer desembarcos por allí, en la provincia de Tejas. Que los ánimos estaban alborotados contra los anglo-americanos, no acordándose ya de los españoles, habiendo calmado algun tanto el furor é irritacion de resultas del decreto de espulsion.

Que su compadre y amigo el Coronel Vázquez le llamó á su rancho y reservadamente le habia manifestado que el general Barragan, Comandante General de Veracruz, le habia llamado para decirle hallarse con órdenes del Gobierno Supremo, que con motivo de las tropas que se reunian en San Luis, destinadas á los Estados de la Nueva Santander y Leon, para observar en la provincia de Tejas á los enemigos que habian invadido aquel territorio, se necesitaba allí un escuadron de jarochos ó jente de color, buenos caballistas y acostumbrados á lanzar reses vacunas para el ejército, y que se habia acordado de él, para que escogiese un escuadron de gente de provecho y marchase á aquellas Provincias, á desempeñar tan importante mision del gobierno de la república. Que Vázquez le habia respondido á Barragan que estaba pronto á obedecer las órdenes del gobierno, pero tenia que consultar algunos gefes y explorar la voluntad de los jarochos y mulatos para filiarse y abandonar sus rancherías.

Entónces Sanabria le habia dicho que la ocasion se le presentaba cual él la deseaba, para sacar del territorio de Méjico los treinta ó cuarenta mulatos, que tenia apalabrados para el plan que él sabia, haciendo entender al General Barragan que era mas cómodo y brebe, que los hombres se embarcasen, con sus sillas, arreos y picas para Tuspan, y que en aquella tierra se les proporcionarian caballos y seguirían para el Estado de San Luis ó la Nueva Vizcaya, desempeñando la comision del gobierno.

Al coronel Vázquez le pareció bien este plan, y corrió á



proponérselo al General Barragan, que lo aprobó en todas sus partes; y dispuso este general que se alistase un pailebot guarda costa que habia en Veracruz, pues en aquellos momentos estaba recorriendo las Costas de Campeche y Tabasco y los barcos costeros que fuesen necesarios. «El pailebot, añadía Sanabria, está mandado y dirigido por un andaluz, piloto que habia sido del Navio español Asia, y tripulado por doce marineros de dicho navio.» Pedia nuevas instrucciones y órdenes definitivas, para qué punto tenia que marchar con el pailebot y los cuarenta hombres y que en caso necesario marcharía tambien el mismo coronel Vázquez á unirse conmigo.

Luego que llegó la carta de Sanabria, el Padre Bringas lloró de gozo, y el bendito religioso, dispuso que aquella misma noche se reuniesen los comerciantes en mi casa. Acudieron todos, esperando buenas noticias. Se les leyó igualmente la Carta, y concluida, fué una explosión de alegría, y unanimemente acordaron se avisase á Peter Armony lo que habia y que sin perder instante se hiciesen sus buques á la mar. Se concluyó la sesión abrazándose mutuamente, y se dejó para el siguiente dia, á las doce, el acordar con maduro detenimiento lo que pareciese mas acertado.

Se marchó cada individuo, unos al teatro y otros á tertulias y Café. Quedé solo con el Padre Bringas, y este me dijo: «he observado, amigo mio, que V. no ha participado de la alegría de la reunion y le advierto que está V. preocupado.» «Sí, padre mio, tengo motivos para estar preocupado; veo un grande obstáculo para que se realizen felizmente nuestros planes; este obstáculo es la pronta salida del Almirante mejicano Porter con toda la fuerza Naval de la República, para las mismas aguas y costas á donde nosotros pensamos dirigirnos. David Porter, de nacimiento americano de los Estados Unidos, es el primer capitán naval de su nacion; científico y valiente. El vigilará y guardará las costas mejicanas, como un gran marino, y se hará difícil burlar su vigilancia. Estos son los temores y sentimiento interior que me aflige.» «Tiene V. razon jóven, y los compañeros como no racionan, no han caido en las verdaderas dificultades que ofrece la empresa. Conviene no descubrirles por ahora el secreto, para que no se retraigan de ofertas de dinero, y veamos venir.»

A las doce del dia siguiente volvimos á reunirnos. El Padre Bringas me pidió que hablase, tomé la palabra y dije que en vista de la comunicacion de Veracruz, era de opinion que marchase Rivas por el correo de aquella noche á Nueva York á verse con Peter Armony, y le mostrase copia de la carta de Sanabria, que reflexionase su contenido, y hallándose conforme dijese que dia podia hacerse á la vela, y el punto de reunion con el pailebot de Sanabria, sin cuyas circunstancias era muy abenturado mandarle se hiciese á la vela con rumbo incierto. A la reunion, y particularmente al P. Bringas, le parecieron juiciosas mis reflexiones, y quedó determinado el viaje del Sor Rivas.

En la Nueva Orlenias y en todos los Estados Unidos, principiò ha haber un gran alboroto en papeles públicos y sociedades secretas y públicas, sobre la cuestion de Méjico y la salida de Porter con su escuadra para la Ensenada de San Bernardo. Se creia inminente una declaracion de guerra entre Méjico y los Estados Unidos. Estos enviaron por su parte dos corbetas de guerra en observacion de la escuadrilla de Porter.

A los seis dias de la salida de Rivas para Nueva York estubo de vuelta en Nueva Orleans, acompañado de Peter Armony. Inmediatamente Rivas hizo reunir en su casa en Junta á todos los comerciantes Españoles, al padre Bringas, á Peter Armony, al Cónsul Español y á mí.

El primero que tomó la palabra fué Armony y manifestó: «que las circunstancias habian variado enteramente con la salidad del almirante Mejicano Porter, con todas las fuerzas navales de la república mejicana en rumbo á la Bahía de San Bernardo, y el sesgo que ivan tomando las cosas de los Estados Unidos con Méjico, motivado por la invasion de los Filibusteros en Tejas, donde habian proclamado la república de Fridiona, y que probablemente habria una declaracion de guerra entre ambas repúblicas; que toda la bahia de San Bernardo y la desembocadura del rio Norte, se iban á llenar de bajeles de guerra mejicanos y del Norte americano, que impobilitarian de poderse acercar á las costas mejicanas.

«Que él, Peter Armony, retiraba su palabra y compromiso por entónces, hasta ver mas claras las cosas, porque no queria arriesgar sus intereses, y su reputacion en una empresa muy parecida á la de los aventureros de los Estados Unidos.»



¡Una bomba, que hubiese caído en medio del salón en que estábamos, no habría causado tan lamentable efecto, como el que produjo la corta arenga que pronunció Armony! Se miraban unos á otros estupefactos.

En aquellos momentos de general disgusto el cónsul español Villalobos, para disipar en cierta manera el mal efecto que había causado el discurso de Armony en la asamblea de leales y honrados españoles, habló largamente de todos los individuos de ella, elogiando los patrióticos y desinteresados deseos que les había movido á trabajar en la empresa. Dijo que «aquella reunion y sus trabajos, no les faltaba mas que la legalidad, estar autorizada por la autoridad competente, para hacer desaparecer el calificado que le había dado Peter Armony, pero que este óvise tenia un remedio, y que en su concepto desapacera dirigiendo al Rey una representacion ó manifiesto, en cuyo escrito se espusiese á S. M. la historia de la fundacion de la empresa, los adelantos y sacrificios que se habían hecho hasta el dia, las probabilidades del buen suceso que ofrecia lo trabajado hasta entónces, y suplicando á S. M. se dignase aprobar el establecimiento de la Sociedad, autorizándola competentemente para continuar y llevar á cabo los planes subsecuentes. Que la esposicion fuese firmada por todos los individuos presentes y demas comerciantes emigrados, y que una comision que se nombrase, la deberia llevar á Madrid y entregarla en manos propias de S. M. y suplicar su inmediato despacho, en atencion á lo urgente del caso.»

Toda la asamblea aprobó la idea, y se comisionó al cónsul para que redactase la memoria, de acuerdo con el Padre Bringas y conmigo.

Peter Armony, no se limitó á aprobar, la idea del cónsul, sino que se obligó á anticipar el dinero que se necesitase para los gastos de la diputacion.

No satisfecho el P. Bringas, con lo resuelto por la asamblea, pidió que hablase yó, y diese mi opinion. Hícelo así, tomando la palabra y diciendo: «Que respetaba las sabias propuestas del Sr. Villalobos y la decision de la Junta, pero que mi opinion era enteramente contraria. Que el recurso de ocurrir á S. M., era muy lento y los efectos de lo que el Rey determinase serian muy tardíos. Que el estado á que habían llegado los trabajos de la empresa, requerian celeridad y pronta egecucion. Que mi opinion era que inmediatamente debia-

mos embarcarnos el Padre Bringas y yó, para dar principio á la espedicion en la forma. Que sabia, por mi amigo Roca de Santi Petri, que en una Isla, á muy pocas leguas de la embocadura del Mississipi, y á corta distancia del continente, estaba establecido un Médico Irlandés con su familia católica dedicado á fomentar un establecimiento agrario, con colonos que había llevado, y Santi Petri me había informado que era un hombre sómamente filantrópico, y amigo suyo. Que era mi opinion, que el Padre Bringas, cuatro misioneros y yó, debiamos de trasladarnos á la Isla, provistos con todo género de viveres, solicitando la hospitalidad del Doctor, por un mes, ofreciéndole adelantado el hospedage y gastos que hiciésemos. Que al mismo tiempo, saldria para Veracruz el misionero franciscano, que había hecho el viage á Méjico, á verse con Remigio Sanabria, entregarle carta mia en la que le ordenase que inmediatamente se hiciese á la vela con el Pailebot megicano los cuarenta mulatos con sillas y arreos, haciendo rumbo para Tuspam, á evacuar la comision del gobierno megicano, y llegado á aquella altura, dirigiese el rumbo á la derecha hacia el Mississipi y fuera á anclar á la Isla en que le esperábamos. Que mientras tanto Peter Armony en una de sus goletas debia embarcar, cincuenta sillas y arneses, cien puntas de lanza, cien carabinas y viveres para ochenta hombres y un mes de subsistencia, y embiarnos todo á la Isla donde nos encontrábamos. Que inmediatamente que llegase el Pailebot, con Sanabria y su gente, nos embarcaríamos con rumbo á las costas de Nueva Vizcaya y Santander, internándonos á la primera hacienda. Que conociendo á palmos el Pais el Padre Bringas y relacionado con vínculos de amistad con todos los hacendados españoles y mestizos de aquel territorio, inmediatamente montaríamos los cuarenta mulatos y reclutaríamos otros sesenta mestizos. Con los cien hombres montados y armados debidamente, mandados por Sanabria y el Coronel Vázquez, podíamos internarnos hasta las haciendas del Marqués del Jaral, y engrosados, concurrir libremente al pronunciamiento General. Que respecto á la aproximacion y desembarco en las playas de Méjico, podíamos realizarlo con la mayor seguridad. Que el almirante Porter, dirigiéndose á la bahia de San Bernardo, nosotros navegaríamos muy apartados de la retaguardia de su escuadra; y que dado el caso que fuésemos detenidos por alguno de sus bar-



cos cruzeros, el coronel Vázquez presentaría las órdenes de Barragan, comandante general de Veracruz, que le acreditaba la comision que iba á desempeñar en auxilio de las tropas megicanas, que marchaban desde San Luis Potosi á las fronteras de Tejas. Que tal era mi modo de parecer.»

Mi discurso al parecer causó alguna sensacion en los oyentes, y el comerciante Irigoyen y otros digeron que les parecia que habia hablado en razon y que seria mas acertado este plan, que el de marchar á Madrid á presentarse á S. M., que retrasaba su egecucion.

Peter Armony volvió á hablar con mucho calor, y dijo: «que el plan que yo proponia era temerario é irrealizable, y que temia mucho que con él, se nos armaba una celada para fusilarnos, como la que armaron el general la Garza y los mestizos al Emperador Iturbide, que fué fusilado pocos años antes en Soto la Marina. Que era preciso desconfiar mucho de la raza mulata, que era traidora.» Toda la Junta abundó en esta opinion apesar de mi réplica, diciendo que tenia mas confianza en la raza mestiza que en los blancos, y sobre todo yendo regidos por el Coronel Vázquez y el valiente zambo Sanabria, que se dejarian antes matar, que permitir un acto de trahicion. Apesar tambien de la arenga que pronunció el Padre Bringas sosteniendo mis planes, todo fué inútil, la valanza se inclinó á favor de las ideas de Peter Armony, que arrastró tras de sí todas las voluntades de la Junta, y quedó convenido en que el Sr. Villalobos redactase la memoria. Se disolvió la junta que duró más de tres horas, y cada cual nos fuimos á nuestros alojamientos. Yo acompañé al Padre á la suya, el me dijo que le esperase la mañana siguiente en la mía, porque tenia precision de hablarme á solas.

Muy de mañana se presentó en mi cuarto y me invitó á que fuésemos á paseo, y almorzaríamos en un guiguét. Una vez en el campo, me dijo el Padre Bringas: «toda la noche pasada no he sosegado ni cerrado el ojo, pensando en el resultado de la sesion última. Yo no se en que piensan esos hombres, que no les ha causado mella y convencido los planes que V. desembolbió, tan azertados y razonables. Les ha ofuscado mas lo que tan zofiamente habló Armony. Yo no se que misterio encierra esto.» «Yo sí, padre mio, le repliqué: Armony es un rico y poderoso y les ha hablado en lenguaje bulgar. El mio no lo han entendido, y yo como pobre, soy con-

siderado como un aventurero, que desea medrar, con empresas temerarias. En dos palabras ahí tiene V. el misterio que encierra la sesion de anoche.» «Tiene V. razon, quedo convencido.»

Vamos á otra cosa me dijo: «quíere V. que con toda politica, cerremos relaciones sobre este negocio con unos hombres tan faltos de razon, llenos de egoismo y desconfianza, sin mas Dios que sus intereses, á escepcion de Irigoyen, Rivas y otros dos? Yo pretestaré mi abanzada edad y achaques, y con la mayor reserva nos trasladaremos á la Isla del Doctor irlandés, de acuerdo con el amigo Santi Petri, que vendrá con nosotros á la Isla, y despacharemos un emisario á Veracruz para que Sanabria y el Coronel Vázquez, con sus cuarenta mulatos vengán á reunirse con nosotros en la Isla; que una vez reunidos emprendamos con los cuarenta hombres, la espedicion, segun V. lo propuso á la junta, Dinero no nos faltará, Irigoyen y Colmenares me han ofrecido cuanto se necesite, y lamentan la transformacion repentina que se ha hecho en el ánimo de la junta, por las intrigas é influjo de Peter Armony: V. habrá observado, cuanto ha decaido el prestigio que yo tenia, de cuando llegué á esta Ciudad, y el ningun caso que se hace en el dia á mis reflexiones y consejos. Con que así decidase V. y vamos á poner manos á la obra, que Dios nos asistirá en una empresa tan favorable á la religion cristiana. Este ha sido el fin principal, que nos ha traído á este paseo.»

Mi respuesta fué, que llenaba todos mis deseos la determinacion de su paternidad; y abrazándole le añadí: «Padre mio, conozco á fondo el corazon humano y la perfidia de los hombres, y este conocimiento me obliga á desechar el partido que V. me propone, y aconsejarle la conveniencia de que disimulemos todo, de manera que no conozcan nuestro resentimiento oculto. Si desapareciésemos de esta Ciudad, sin contar con ellos, se confabularian de acuerdo con el cónsul español y la autoridad de la Isla de Cuba, y serian capaces de pregonarnos y delatar á los megicanos nuestros planes. No hay resentimiento más peligroso, que el del hombre ignorante. Yo veo perdido el pensamiento de nuestros planes, la espedicion filibustera á Tejas, ha sido nuestra muerte. Preciso es que nos conformemos con nuestra suerte, y la voluntad de Dios, que así lo permite. Disimulemos y marchemos en con-



sonancia de la voluntad de la mayoría de la Junta, aprovechando de cualquiera coyuntura que se nos presente. Demos los apuntes que se nos han pedido, para que Villalobos redacte la memoria. Veremos la diputacion que se nombra para marchar á Madrid, y en su consecuencia obraremos, libremente y de comun acuerdo, segun se presenten las circunstancias.» «Me da V. los consejos de un viejo, amigo mío, me repuso el fraile. Los acepto en el alma y los seguiré puntualmente. Vamos ahora á almorzar en el ventorro ó ginguet inmediato, y luego nos encaminaremos á la Ciudad.»

Entramos en efecto en el ventorro y casita de campo, inmediato al camino Real, que tenia hermosa apariencia. Era una familia francesa el dueño de aquella posesion. Familia hermosa y numerosa, que hacia pocos años que estaba allí, habiendo labrado aquella Casa tan linda y comprado un terreno bastante estenso, que lo dedicaba á formar un establecimiento agrario. El dueño de la Casa era un Arquitecto Agrimensor, y estaba en la Ciudad en aquel momento. Su mujer y sus hijas, nos recibieron con el mayor cariño, y luego que les hablé en francés, se aumentó el afecto y confianza. Lo primero que me preguntaron fué quien era el fraile que me acompañaba. Les satisface su curiosidad, informándoles que era un misionero de Méjico, de mucho saber y virtudes, que habia vivido durante treinta años entre los indios salvajes de Tejas, convirtiéndolos á la fé cristiana y fundando muchos pueblos: que el gobierno republicano le acababa de expulsar fuera de Méjico; donde era considerado como un santo. Las mugeres aquellas, que eran unas verdaderas religiosas católicas, no necesitaron oír mas, inmediatamente se postraron de rodillas y le besaron el santo hábito, el cordon de San Francisco y las manos; y todas ellas llorando á moco tendido. El Padre Bringas las hizo levantar, y las echó su santa bendicion.

La ama de Casa nos hizo subir á su habitación, muy aseada y bien alajada. Me preguntó qué deseaba que nos sirbiesen: las dije que «un almuerzo de chuletas de carnero, un pedazo de siambre y una taza de café con leche con mantequilla fresca.» El Padre Bringas dijo que por su parte no tomara mas que una gicara de chocolate. Almorcé grandemente y pedí la cuenta de lo que se debía; bajó la criada á preguntarlo y subió con el recado de que nada se debía, que habiendo tenido

el gran honor de hospedar en su casa á una persona tan distinguida como el Padre Bringas. Di dos duros por el almuerzo y una peseta para la criada. Estando en esto llegó y subió á la sala el amo de la Casa, que era y vestia como un Caballero, y con sombrero en la mano nos saludó urbanamente y tomando la mano del Padre Bringas, se la besó con repeticion, y á mí me apretó la mia. Hablamos largamente de la Nueva Orleans y de las hermosas Orillas del Mississipi.

Ohía gran murmullo de gente en el portal de la Casa y hasta en las escaleras, sin poder atinar la causa, aunque lo atribuí á la concurrencia de jentes, propia de una posada pública. Eran las once de la mañana y hacia tres horas largas que estábamos en aquella posada, y llegó la hora de la partida y buelta de regreso para Nueva Orleans. Bajamos con mucho trabajo la escalera atestada de mugeres y en el portal encontramos la misma concurrencia. Pregunté la causa al patron, y me respondió que eran habitantes de todas las carcerias de la inmediacion, que con noticias de nuestra llegada, habian venido á conocer y á admirar al Padre Bringas. Toda la gente se arrodilló y pidió á voces al fraile su santa bendicion. Se la dió, y todos prorrumpieron en gritos de alegría. Llegamos á la puerta de la casa y habia en ella una hermosa carretela y al pie un cura jóven y el dueño del carruaje. El amo de la casa nos significó que aquel caballero era un vecino suyo dueño de la Casa de Campo que estaba al frente y de los mayores propietarios de la comarca, y que con la noticia de nuestra llegada, venia á poner á nuestra disposicion la carretela que le iba á conducir á la Ciudad, y deseaba que regresásemos en su compañía con toda comodidad y resguardados del Sol. El que le acompañaba era el vicario de la aldea. El Padre Bringas les dió las gracias por su fina atencion, y le dijo que en toda su vida habia montado en carruaje y que siempre andubo á pie, siguiendo la regla del Patriarca del Orden de S. Francisco. Nos despedimos de aquellas buenas gentes, y enmedio de un sol ardiente, echamos á andar y nos acompañaron cerca de un cuarto de legua, y llegamos al medio día á la Ciudad. El Padre Bringas entró en su Casa, muy satisfecho de la hermosa mañana, y el alegre paseo que habiamos dado aquel dia.

En aquella tarde y noche estendí las notas que debia servir á Villalobos de base para redactar la memoria ó esposi-



cion al Rey, y muy de mañada pasé á verme con el Padre Bringas, y despues de leerselas y haber hablado lo conveniente, el fraile me rogó se la dejase por aquel dia, porque tenia que reflexionar detenidamente y aun escribir por su parte. Se las dejé y me marché á mi posada.

El dia siguiente muy temprano, vino el Padre á mi cuarto y me leyó su trabajo que era muy extenso, corrigió mis notas en lo que le pareció, y seguidamente fui á verme con Villalobos, que me rogó dejase las notas para examinarlas despacio.

Sintió mucho lo ocurrido en la última junta, y consideraba el negocio fracasado. Me confeso que el Padre Bringas y yo, no podiamos entendernos en manera alguna con unos hombres avezados al dinero y que no comprendian nada del manejo de negocios públicos y mucho menos de los importantes de que estabamos ocupados. Me guardé bien en manifestarle la proposicion que me hizo el Padre Bringas, de nuestra marcha furtiva á la Isla del doctor irlandés. Se prometia tener concluido el trabajo de allí á dos dias, y llevárselo al Padre Bringas.

Cumpliólo así exactamente, y á los dos dias me llamó á su posada, en la que estaba con el cónsul y uno de los comerciantes. Estendió un trabajo de dos pliegos y medio. Concienzudo, enérgico y de estilo puro y cortado. Lo hallé perfecto y el Padre Bringas lo aprobó en todas sus partes.

Se convocó á junta para aquella noche en el salon del Padre Bringas. La reunion fué numerosa y el mismo Villalobos leyó su trabajo. La junta lo encontró cabal y perfecto. Se acordó que se pusiera en limpio; y en seguida se trató de la comision que como diputados deberian marchar á Madrid á presentarla al Rey, y apoyarla de viva voz. Se acordó que la comision se compusiese de tres sugetos idoneos. A ruego de Peter Armony fuimos elegidos como individuos de la comision el Padre Bringas, Irigoyen, y yó. El mismo Peter Armony, propuso que la comision debia ir primero á la Habana, presentarse al Capitan General é iniciarle en el secreto manifestándole la representacion que llevaba la comision, y por fin pedirle su patronazgo y proteccion cerca de S. M. y el ministerio. Por unanimidad se aprobó esta proposicion de Armony

Nombrada la comision, restaba sólo en hacer los prepa-

rativos del embarque para la Habana. Peter Armony nos recomendó al Señor D. Joaquin Gómez, rico capitalista de la Habana, para que nos entregase el dinero que le pidiéramos; y un comerciante, individuo de la Junta, nos dió una carta de recomendacion para D. Francisco de Empáran, natural de Aspeita en la Provincia de Guipuzcoa, y rico capitalista de Veracruz que se hallaba emigrado en la Habana.

Estendida en limpio la memoria al Rey y firmada por todos los individuos de la Junta, nos dispusimos al viaje de la Habana. Nos despedimos de todos los amigos, y Peter Armony ajustó el pasage en un Bergantin americano para el Padre Bringas, Irigoyen y yó, como individuos de la comision, y ocho misioneros de los Colegios de Queretaro y Orizaba.

